

barrio de ciudad con casas uniformes, hechas por planos de gente que calcula tasas de costos y beneficios. Mi madre, con su garbo de buena hija de inmigrantes andaluces, caminando todos los días allí, en el salón, encima del árbol, todos los días y siempre su cabeza tal vez donde debía empujar la copa, lo primero que daría al cielo del orondo árbol de algarrobo sudamericano.

Miré a mis contertulios los albañiles y pensé que tenían razón. En cien años todos nos habremos muerto. Y esa casa no fue construida para que dure tanto. Seguramente el barrio cambiará, subirán los edificios como una horda en formación cerrada, ocupará el espacio y el cielo, y el aire estará cada vez más purulento, así en todo el planeta. Salvo que pase algo. Salvo que, por una rendija, por una avería en los suelos, por un trozo del jardincillo, por un descuido, las gruesas raíces saquen a la luz una uña verde de viejo algarrobo negado a morir. El árbol que puede vivir centenares de años y también durar muerto más de un siglo sin pudrirse. Entre la esperanza y la zozobra iba mi corazón, meciéndose, en vaivén...

16

A veces los escucho andar por la casa. Son sigilosos, secos, por momentos cortantes. Alzo la vista para entrever el bulto, la silueta. Nada. O sí, alguna vez, los vi de espaldas cruzándose contra una ventana, o bajando por la escalera. Puede ser que en una ocasión atropelladamente, si no me ha confundido el crujido de los escalones en el final de la bajada. No me empeño en hacerles nada. ¿Para qué? Y ¿qué derecho tendría? La casa está reformada según mis pautas, pero he respetado la fachada original y varias distribuciones de espacios.

Sus horas de hacerse presentes son la noche, o las mañanas cuando cambia de atmósfera el día. No hay un clima para nada uniforme aquí. En una hora puedes pasar de la niebla a la lluvia, al granizo, al sol. Se nota sobremanera cuando uno viaja por estas carreteras y el paisaje es como si jugara al escondite. Llama la atención cómo vas pasando estados de ánimo del cielo o del aire.

Los sonidos de sus pasos tienen eco, se amplifican en la caja de resonancia que forman los dos salones unidos por la escalera en el centro mismo de la casa. De golpe los sientes andar en esa acústica que cobra mayor potencia en la soledad.

Me tenté a preguntarles si necesitaban algo, o si les ocurrían cosas que me quisieran decir. Pero no lo hice. En realidad, yo no precisaba preguntarles nada. Convivimos. Ellos están en su derecho. Los espacios pueden cruzarse, desde luego. No obstante, sin estorbarnos. La mayor parte del tiempo estoy solo, trabajo, escucho música, leo, mantengo limpia la casa. Nadie podría decir que la descuido. Quiero que se note mi mano sobre ella. Que nadie pueda decir que me he acomodado a un molde, a un vaciado de formas que dispusieron otros.

Así vivo y en apariencia no les molesta mi estilo. Cuántas generaciones latén aquí, no podré saberlo. Están, se hacen sentir discretamente, salvo que yo tenga el ánimo algo alterado y mi sobresalto anule cualquier posibilidad. Están cerca, o lejos en las habitaciones. A veces los imagino y en medio del pensamiento vienen. Pero me cuido mucho de no adjudicarles mis gustos, rechazos u obsesiones. Vivieron como haya sido y tengo la sensación de que esta casa fue el referente, hasta para darle el adiós a la vida como lo demuestran las cartas enviadas desde las prisiones. No digamos los deseos y las esperanzas de libertades... todo iban a disfrutarlo aquí. Si fuera fijarme en el deseo de Francisco Lascaso, a juzgar por las despedidas que sus hijos escribieron desde la prisión, sería reunirse los domingos a compartir mesa en la casa familiar.